

el día de hoy nuestra madre la Iglesia nos ofrece riquezas mas abundantes, deleites mas agradables, y hermosuras mucho mayores. Allá en el paraíso solo se ofrecían á sus habitantes, frutos materiales de una tierra sin espinas, ageno ni ponzoñas; acá en la Iglesia se dan á sus moradores los tesoros todos de un cielo que nada tiene de material; y lo que es mas, el pecho amoroso del mismo Dios, sí, de ese origen puro, de ese manantial de delicias, de esa fuente sagrada de quien manan continuamente las gracias que nos vivifican y nos divinizan. Y á vista de esto, lector mio, ¿veremos con tanto abandono, desconoceremos la Arca sagrada de los sacramentos? ¿Será posible que huyamos de ella, que la menospreciemos por atender y cuidar solo de la de los bienes perecederos de la tierra? ¿No es verdad que éstos al paso que causan mil inquietudes para adquirirlos y conservarlos, duran solo un instante, al paso que los otros siendo tan de poco ó ningun costo, duran por toda una eternidad? La Iglesia no deja de lamentarse de los extravíos de sus hijos; así es que los convida continuamente á la participacion de sus sacramentos; porque sabe, y sabe infaliblemente, que son el medio único de elevar nuestras almas, de nutrirlas y de santificarlas.



DIA TRECE.

San Eduardo, confesor, rey de Inglaterra.

San Eduardo confesor, sobrino de un santo rey mártir del mismo nombre é hijo del rey Etelredo, se santificó en el trono por la gracia que Dios le concedió, de conservar el espíritu de pobreza en las riquezas, el de humildad en la elevacion, y el de templanza en las delicias. Fué electo rey de Inglaterra desde el vientre de la madre, por una eleccion de la Providencia, bien singular con preferencia á los príncipes Edmundo y Alfredo sus hermanos mayores, que tenian derecho de sucesion á la corona, segun el orden natural y los usos del reino. Se le juró fidelidad ántes de que se supiese de qué sexo era; mas apenas hubo nacido, cuando se vió precisado á huir á la Normandía, á dondè le envió Etelredo, encomendando su custodia á la reina Emma su madre, hija del duque Recaredo, para salvarlo del furor de los daneses que habian invadido el reino.

Durante el tiempo de la educacion que se le procuró en aquel desierto, creció en Eduardo con la inocencia de costumbres el horror al vicio y el amor á la virtud para la que parecia haber nacido. A la maravillosa suavidad de su carácter, acompañó una pureza incomparable y una piedad bastante sólida, en cuyos ejercicios se ocupaba continuamente; y siendo á mas de esto muy benéfico para con todo el mundo, se grangeó bien pronto el amor, la estimacion y el respeto de cuantos le conocieron. Fuéronle sin duda muy sensibles los desórdenes de Inglaterra, en que los daneses despues de la muerte de Etelredo y del asesinato de sus otros dos hijos, ejercian todas las violencias que pueden imaginar los bárbaros mas inhumanos; pero ni el amor á su reino, ni el pretexto de librar á sus vasallos de la dominacion de los extrangeros, le hicieron ver con afecto la corona, pues todos sus votos se dirigian únicamente á santificarse en la oscuridad y la paz de una vida privada.

Habiendo subido al trono de su padre en el año de 1043, despues de la muerte del usurpador Kenuton ó Canuto, y de sus hijos, restableció en sus estados la antigua felicidad que habian desterrado tantos desórdenes: introdujo en él todas las virtudes que habia adquirido en el tiempo favorable de su ocultacion; y aplicándose á hacer reinar á Dios en el corazon de sus súbditos, mereció que Dios mismo lo condujese con la luz de su espíritu santo por los caminos de la justicia y de la verdad. Fué consagrado en la Pascua florida del referido año; y por no disgustar á los grandes del reino que le instaban porque se casase para tener un sucesor en la corona descendiente de tan buen príncipe, tomó por muger á Edite, hija del conde Godwin, el mas rico y poderoso de los señores de Inglaterra. Encontróla felizmente de muy buen natural y dispuesta á guardar como él una perpetua virginidad, y esta casta separacion á que se resolvieron, solo sirvió para unir mas estrechamente sus corazones y afectos en el ejercicio de la oracion y de las buenas obras.

El conde Godwin, hombre de carácter violento, no dejó de pasar mucho tiempo sin que abusase del crédito que le daba esta alianza, y de la sencillez del rey. No podia ver con ojos serenos á la reina madre, quien por su parte lo miraba tambien como el principal asesino del príncipe Alfredo su primogénito; y sorprendiendo á Eduardo por una falsa acusacion que le presentó contra ella, logró que fuese despojada de sus posesiones y encerrada en una prision. La princesa no pudo quitar de otra suerte la prevencion que

el rey su hijo tenia en su contra, sino justificando su inocencia por medio del ordalio, prueba judicial cualificada con el nombre de juicio de Dios que se usaba en aquel tiempo para purgarse de los crímenes imputados. Anduvo, pues, con los piés desnudos y los ojos vendados sobre nueve rejas de arado hechas ascuas, despues de un ayuno severo de tres dias y de las oraciones acostumbradas de la Iglesia; y Dios por una proteccion muy singular en favor de Emma, permitió que la prueba surtiese el efecto que en todas ocasiones é indistintamente esperaban de ella en caso de ser inocente el acusado. El rey, conociendo que lo era su madre, se conmovió grandemente por su falta, y no contento con una reparacion particular, hizo otra pública por una rigurosa penitencia á que se sujetó á la faz de su reino con una humildad de que ningun otro habia dado ejemplo.

Dios honró particularmente á nuestro Santo con el don de profecía, como apareció por diversas predicciones acerca de la venganza divina sobre el conde Godwin, de la muerte del rey de Dinamarca con la disipacion de su armada, y de las desgracias que debian sobrevenir á Inglaterra despues de su muerte, las cuales todas tuvieron su cumplimiento. Hizo tambien algunos milagros que sirvieron mucho para contener la impiedad de algunos cortesanos: curó á un pobre paralítico, habiéndolo llevado en sus espaldas á la iglesia: volvió la vista á un ciego que se habia frotado los ojos con la agua en que el santo rey se habia lavado las manos. Mas por brillantes que fuesen sus milagros, puede decirse, que las principales pruebas de su santidad consistian mas bien en las virtudes grandes que practicaba. Ellas le merecieron la corona de vida eterna, de que entró en posesion el 5 de Enero de 1066, despues de veinte y tres años y medio de reinado.

En su sepulcro continuaron los milagros en mayor número que los que habia obrado Dios por su medio estando vivo. El que sucedió algunos años despues en presencia del rey Guillermo el conquistador su primo, de Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, del clero y de la nobleza de Inglaterra, en favor de un obispo, puesto por el mismo San Eduardo, á quien se queria deponer por su simplicidad, contribuyó mucho para el establecimiento de su culto. A los treinta y seis años de su muerte se desenterró su cuerpo, el que apareció intacto, lo mismo que sus vestidos. Pero esta elevacion no satisfizo la piedad de los ingleses, hasta que obtuvieron de la

Silla apostólica que el culto del Santo fuese universal por toda la Iglesia; lo que se consiguió, habiéndolo canonizado solemnemente el papa Alejandro III en 1161.

La traslacion de su cuerpo que debia verificarse inmediatamente despues de las ceremonias de la canonizacion, se difirió hasta la vuelta del rey Enrique II, que estaba en la Normandía, y queria asistir á ella con su corte; y al fin se celebró en 13 de Octubre de 1163 por Santo Tomás, arzobispo de Cantorbery, asistido de un gran número de prelados, tanto de la Gran Bretaña como de Normandía, honrándose el rey y los primeros señores del reino, con llevar cargadas las santas y preciosas reliquias.

La Epístola es del capítulo XXXI de la Sabiduría (Eclesiástico).
(pág. 64)

Bienaventurado el rico que fué hallado sin culpa, &c.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 64.)

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Estad con vuestras ropas ceñidas &c.

MEDITACION.

Sobre la muerte mística.

Considera que atendida la situacion en que contemplamos á la alma en la meditacion antecedente, de preferir toda clase de mal temporal á toda clase de bien igualmente temporal, de luego á luego se encuentra animada de aquellos sentimientos que vemos en el Apóstol San Pablo, donde nos dice, que *el morir lo tiene por un lucro, una ganancia*, porque Cristo es para él su vivir. En efecto, la alma desprendida de todo lo criado y de sí misma, tiene ya vencido todo lo que hace á la muerte triste, tormentosa y amarga, y quitado su aguijon, no la ve ya como un mal, sino como un bien apetecible; de donde es que cuantos pasos se adelanten para su logro, los tiene justamente por ganancia. Las razones en que se funda son solidísimas, y no se pueden atender sin concederle que ha escogido la mejor parte. Veamos, pues, cuáles son. En primer lugar se ha quitado del corazon un peso inmenso que oprime de continuo á los que no han abrazado esta muerte mística, y es el de

la disposicion necesarísima para morir bien. Es ciertamente una hiel que amarga nuestros mejores gustos la consideracion de que se acerca para nosotros la terrible muerte, y nada hemos dispuesto de cuánto es necesario para evitar que su golpe nos acarree nuestra desdicha eterna: una vida manchada con mil y mil pecados; un corazón viciado en la iniquidad, y hecho el esclavo de sus pasiones; reatos no purgados; responsabilidades no cumplidas; graves y enredados negocios; en fin, toda una reforma por hacer y á que no se ha puesto mano, están de continuo contristando nuestro corazón y angustiando nuestro ánimo con todo el peso de su amargura y de su funestidad. Mas he aquí que de este inmenso mal se ve enteramente libre la alma que ha muerto al mundo y á sí misma; porque ó no cayó nunca en aquellas culpas y lazos, ó si cayó ha trabajado y trabaja sin cesar en remediarlo todo, de manera que llega á encontrarse con todo el negocio hecho, y sin la mas mínima responsabilidad ante Dios y los hombres. ¡Qué felicidad! El dia amanece siempre sereno y luminoso para esta alma, y la noche la encuentra sin demérito en su virtud, y sin agitacion en su espíritu. El exámen saludable de su interior que practica en la noche, le hace oír la voz de su conciencia, que consolándola como un Padre amoroso ó una amiga fiel, le da el dulce aviso de que su Esposo no encuentra en ella mancha: toda eres hermosa, amiga mia, toda estás limpia, y no hay en tí mancha alguna. Si alguna leve encuentra, la expía al momento al rigor de la penitencia; y la lava con las lágrimas de su contricion: ella se entrega, en fin, al quieto sueño de la seguridad y la paz de una alma pura, y con el dulce consuelo de que si en el sueño le asalta la muerte, todo lo encuentra prevenido, y ni deja en la tierra cosa alguna pendiente, ni lleva consigo una falta que le haga temer de su eterno destino.

Considera que á este feliz estado no puede llegar la alma sino es muriendo en todo instante á todas las criaturas y á sí misma. No es esta una muerte física que desate los vínculos del alma y del cuerpo, sino una muerte mística que rompe todas las ligaduras de la alma con la sociedad y con los particulares, con las criaturas y consigo misma, en términos de que desprendida de hecho de todo lo que le es nocivo ó no útil, y de todo lo que puede servirle aun solo de distraccion ó entretenimiento inocente, se desprende tambien con el afecto aun de lo mas íntimo y lo mas necesario, para que libre y desprendido su espíritu nada lo separe de su Dios, y na-

da le sirva de obstáculo para volar á él en cuanto tenga la bondad de llamarla al eterno descanso: no de otra suerte en la muerte física ó natural la alma se despide de todas las criaturas, deja la habitacion de la tierra, rompe los lazos con su mismo cuerpo, y abandonándolo á la lóbrega mansion de la sepultura, y á la corrupcion y á los gusanos, vuela ella desprendida y libre al seno de su Dios. El yerto cadáver queda con todo lo que le pertenecia en lo material de la carne; mas como le falta el espíritu, de nada le sirven sus órganos y miembros, la estructura de su cerebro, los resortes de su corazón: tiene ojos, y no ve, tiene oídos y no oye; su paladar no gusta; carece del olfato: tiene manos y no palpa; tiene piés y no anda; nada siente, nada le hace impresion; sin accion, sin movimiento, sin flexibilidad, aun el calor le falta; la sangre coagulada no corre por sus venas; los espíritus vitales han desaparecido, y no es ya mas que un cadáver helado, con quien nadie cuenta, ni tiene mas tendencia que una triste memoria. He aquí el estado permanente é invariable de una alma religiosa que ha muerto para el mundo y para sí misma con la muerte mística: muerta está, y su vida está escondida con Cristo en Dios, como dice el Apóstol: es cierto que su persona se encuentra en el lugar de su habitacion, en el desempeño de las funciones de su ministerio; pero estudiadla bien, y vereis que es una perfecta imágen de un difunto: los sentidos mortificados y reducidos al uso muy preciso y necesario, no se divagan ni abrazan otro objeto; las acciones, los pasos los movimientos todos reglados por la modestia mas exacta: el corazón y la mente todo en Dios, no le pierden de vista aun en lo mas interesante de las acciones exteriores: la actividad y el calor de su vida interior toda escondida en Dios; y el frío y hielo mas absoluto difundido en toda ella para todo lo que puede interesar en la vida, ó ganar el afecto, ó llamar la atencion. Insensible á todo lo que no es Dios y la virtud, ve sin cuidado alguno mudar la faz de la tierra, asaltar la muerte á sus allegados, invadirla las enfermedades, ó perderse los bienes: la injuria no la lastima, la persecucion no la aflige, los tormentos no la amedrentan, la muerte no la sobresalta; ántes por el contrario, la alegría inunda su alma, el regocijo se pinta en su semblante cuando le viene alguna adversidad ó pierde lo que tiene de la tierra, porque en perder está su ganancia, y el morir es su lucro.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡O Redentor divino, ó dulce Jesus, muerto por mí en una cruz y sepultado bajo una losa fria! Verdaderamente arrancaste á la muerte su aguijon, y la despojaste de su triunfo. Tu sabiduría divina halló el medio de hacer al mísero mortal dulce y apetecible la muerte abrazada por tu amor. ¡Ah! yo quiero esta muerte que me robe á todo lo del siglo y de la tierra, y me traiga á habitar contigo en la mansion de la paz y del reposo. Dime, mi buen Pastor, ¿dónde apacientas tus ovejas? ¿Dónde te reclinan y duermes el sueño de la muerte mística, á cubierto de los calores del medio dia? Sea yo tan feliz, que siguiendo las huellas de tus cándidas ovejas, venga á dormir contigo el sueño de esta muerte dichosa.

JACULATORIA.

Muerto soy, y mi vida está escondida con Cristo en Dios.

LECCION.

Sobre lo que debe hacer el cristiano acerca de los sacramentos.

Hasta aquí hemos explicado lo mejor que nos ha sido posible lo que se entiende por esta voz *sacramento*; igualmente hemos manifestado la excelencia que tienen los de la ley de gracia sobre los de la escrita, todo con el objeto de darlos á conocer, á lo ménos en general, á fin de que nuestros lectores los amen, los reverencien y los frecuenten. Para ilustrar mas esta materia, haremos ver en esta leccion lo que debe saber un cristiano acerca de los sacramentos de la ley nueva. Debe saber lo primero, que solo Jesucristo nuestro Señor, y no otro alguno, es su autor: solo él pudo dar á unos simples signos el poder de producir efectiva y verdaderamente una gracia sobrenatural: poder del todo admirable, que no puede pertenecer sino á Dios y solo Dios, soberano Señor de la naturaleza y de la gracia. La pasion y muerte del Salvador es el manantial inagotable de donde salen esas fuentes sagradas: de allí, y no de otra parte, es de donde los sacramentos derivan la virtud que tienen de producir la gracia santificante. Así nos lo asegura el concilio de Trento, cuando dice: *Si alguno dijere que los sacramentos de la nueva ley no fueron todos instituidos por Jesucristo nuestro Señor, ó que son mas ó ménos que siete; ó tambien que alguno de es-*

tos siete no es sacramento con toda verdad ó propiedad, sea excomulgado. Su conveniencia ántes la habia ya manifestado S. Agustin cuando escribia: *Los primeros sacramentos que se observaban y celebraban por la ley, eran anunciativos de Cristo venturo, los que habiéndose cumplido con su venida, fueron quitados, y por tanto quitados, por cuanto estaban ya cumplidos. Pues no vino á destruir la ley, sino á cumplirla; así es que instituyó otros mayores en su virtud, mejores en su utilidad, mas fáciles de hacerse, mas pocos en el número, cuales convenian á la justicia revelada de la fé y á la libertad de los hijos de Dios, quitado el yugo de servidumbre dado al pueblo duro y carnal.* Efectivamente, así como los antiguos padres se salvaron por la fé de Cristo venturo, del mismo modo nosotros nos salvamos por la fé de Cristo que ya nació y padeció; siendo, pues, los sacramentos unos signos que á mas de causar la gracia que significan, son protestativos de la fé, era muy conveniente que fuesen diversos los que significasen las cosas futuras de los que recordasen las pasadas: los nuestros, pues, son *rememorativos, demostrativos y pronósticos*; rememorativos de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, demostrativos de la gracia que nos santifica, y pronósticos de la gloria que esperamos.

Lo segundo que debe saber es, que Jesucristo instituyó siete para proveer á todas las necesidades de su Iglesia, y de todos y cada uno de los fieles en particular. Estos son, como tiene definido el citado concilio de Trento, Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia, Extremauncion, Orden, y Matrimonio. El Bautismo nos hace nacer á la gracia, y es la puerta por donde entramos á la Iglesia, fuera de la cual no puede haber salvacion. La Confirmacion nos da fuerzas para confesar la fé que recibimos en el Bautismo, dándonos nuevos auxilios. La Eucaristía nos alimenta con el manjar divino de los ángeles, para poder andar en el camino de nuestra salvacion. La Penitencia nos cura de las llagas de nuestros pecados, y es la segunda tabla que tenemos para no perecer en el mar borrascoso de este mundo. La Extremauncion da salud al cuerpo si le conviene, nos fortifica contra las tentaciones del demonio, y nos ayuda á bien morir. El Orden consagra en la Iglesia ministros que la sirvan, y constituye pastores que apacienten su rebaño. El Matrimonio da gracia á los casados para bien vivir, y darla hijos que la perpetúen. La Iglesia condenó por lo mismo á todos aquellos

